

LO HE PASADO BIEN, HE DEJADO COSAS Y ME HE SENTIDO QUERIDO

Si muriera mañana, puedo decir que he hecho de mi vida casi lo que me ha dado la gana y que **me lo he pasado muy bien. Incluso he dejado pequeñita huella y creo que buen recuerdo...**

Si yo muriera mañana –cosa que no deseo–, aunque fuera en malísimas condiciones –cosa que no espero–, ya he disfrutado y vivido lo mío. Eso no quiere decir nada: necesitaría otras dos vidas o doscientos años más para terminar algunos trabajillos...

.....
Me acerco a lo que parezco e incluso escribo como hablo, y saben que aunque en cultura siempre he ido a caballo... la cultura no suele ser justa con sus caballeros.

.....
Como periodista y escritor fui “algo”, pero ahora llevo dos años retirado del mundanal ruido. Como diría Borges: “Soy de los que suenan, pero no se leen”. Estoy orgulloso en eso de ser como soy, aunque en otras cosas debiera mejorar mucho.

.....
Bueno, luego también están los defectos, los egoísmos, las miserias. **Pero no aspiro a ir al cielo.** Sé pocos idiomas y lo mismo hablan allá en francés. (...) Si mañana muriera –no tengo prisa, aunque no me cuido nada– podría hacerlo con mala cara, pero sonriendo. He hecho lo que he creído que era mejor para todos y para mí. De verdad. Así me luce el pelo.

.....
Creo que soy un tipo curioso, anárquico en la vida ordinaria. Aunque estuve matriculado en la universidad, no terminé las dos carreras que seguí (Graduado Social y Geografía e Historia). Entré en prensa antes de acabar nada (a caballo, de jefecillo) y ahí me quedé. No me importa. Es una historia curiosa. Sin embargo, he comido y estado en palacio y en la casa más humilde. No me preocupa demasiado. He trabajado en periódicos importantes (dese *El País* a los más importantes del País Vasco), he publicado más de veinte libros y creo que he sido respetado. Pero eso no vale para nada. Si hubiera seguido siendo asesor del PSOE hoy estaría montado. No me importa. **He sido y soy libre. Un poco tarambana.** Y tengo grandes amigos profesores. No les pido nada ni nada quiero que hagan. Es mi vida y mi problema (moriré así).

En mi provincia la mayoría de la gente tenía “hidalguía” y por eso los apellidos son tan largos. **Nanclares** no tiene nada que ver con Montes de Oca (Burgos). Son provincias cercanas, pero están lejos los dos lugares. **Yo nací en la misma plaza.** La casa ya no existe. En su lugar **hay un gran bar restaurante.** Hace años, cuando visité el bar, **tenían un libro mío y me pidieron que se lo dedicara.** No sabían que había nacido en ese mismo lugar. Era gente llegada de fuera y les hizo tanta ilusión que **lo tuvieron mucho tiempo en un lugar privilegiado de la barra.** Bueno, esto último me lo comentó un conocido.

.....
En realidad, siempre he sido mi jefe, he ido a mi bola. Es decir, si quiero trabajo mucho y si quiero ganduleo. Me gusta trabajar en equipo, como los entrenadores, pero no hay equipo ni trabajo seguro. Por eso, desde el 15M, hace cinco años, volví a dar un poco guerra en política. Si el país funcionara como debe, yo me centraría en mis libros, mis cosas, y en disfrutar de la vida y de lo que me gusta. Como no me dejan, **de tarde en tarde me enfado con la mierda que nos han dejado.**

.....
En una entrevista que me hicieron hace muchos años, una joven periodista me preguntó: **“¿Y qué hubiera querido ser de no haber sido periodista?”.** Le contesté que obispo de Mondoñedo. Las diócesis pequeñas son para curas vagos que quieren vivir bien, con jamones y vinos gratis, con ama, una señora mayor que lleva la casa, y con sobrina, una mujer joven que hacían pasar como familiar, pero que en realidad era la amante o concubina.

.....
Como mañana voy a Estella y son las fiestas de mi pueblo (Vitoria), no he querido trabajar y he disfrutado como un niño con un libro de viajes –son mis favoritos– que me he comprado esta mañana sobre México. He estado con mis amigos y nos lo hemos pasado muy bien. Sin tomar vino era la hora del café. Los tres que estábamos nos conocemos hace más de treinta años y nos lo hemos pasado muy bien.

.....
El autobús tiene alguna ventaja: es barato, para en todos los pueblos del recorrido, casi va vacío –solo van en él los pobretones, y eso me encanta– y la vuelta es pronto. Además, te permite conocer la realidad de los pueblos: por la gente que viaja, las conversaciones que oyes, las mentalidades... **Me encanta.** Curiosamente, **los ricos no van en autobús, por aparentar. Ellos se lo pierden.** Me río del más rico de la zona, el que sea, que no ha vivido nunca mejor que yo en muchas cosas. Que se fastidie. Se ha tragado miles de misas y comido mucha mierda.

1.- PERIODISTA Y ARTICULISTA

Y, por cierto, más que escritor, **JUNTALETRAS**, una detrás de otra y, si es posible, sujeto, verbo y predicado. **El talento, en mi caso, está en el culo... en el trabajo, en las horas** que dedicas a un texto, a una historia. Las musas se van sólo con el que está en las nubes. No les interesa nada el trabajo rutinario y para escribir un folio hay que sentarse.

.....
Hablando en público, con o sin papeles, **no lo hago mal**. En una de mis últimas conferencias, *hace ya tiempo, en Vitoria, perdí los papeles* en algún sitio y al comenzar a hablar –creo que sobre literatura y México– nadie se dio cuenta que *estaba improvisando, aunque hablé hora y pico*. Empecé sudando porque no sabía si iba a ser capaz de seguir, pero...

.....
Un libro, en el fondo, es como un baile. Hay una música, algo extraño de definir, que te va marcando el ritmo, los pasos, te dice cuándo comienza, cuándo tiene que ser más rápido, cuándo se está acabando, cuándo ya la música no suena y hay que parar, aunque no haya sido perfecto. **Los artículos no. Es como hacer un plato para cenar**. Con los ingredientes tienes que procurar **que se pueda comer**, que no sea indigesto, tienes que saber un poco más sobre el tema que el que te está leyendo, pero sin abusar, sin propasarse, sin demostrar demasiada prepotencia. El lector debe decir: “Está bueno o malo, o, sencillamente, no me gusta la tortilla y prefiero unos huevos fritos”.

.....
Mi último artículo de prensa habla de agradecimiento a las gentes del valle que me dan información sobre su modo de hablar, costumbres y oficios. Un guiño a los lectores porque se supone que sería el último de la temporada [escribe el 20 junio 2016]. El medio es el mensaje, que decía uno de los que saben de comunicación. Al ser un medio cercano se trata de hacer un mensaje directo, emocional, afectivo. Que se sientan contentos por leer a alguien cercano a sus anhelos, a su vida cotidiana.

Angel Martínez Salazar

El trabajo como articulista de periódicos es más sencillo. Lo puedes coger y dejar en cualquier momento. Suelo hacer un borrador a bolígrafo (con bic cristal negro) y luego lo corrijo en papel o en ordenador. Cuando creo que ya está más o menos, lo envío. Y ya está. Pero los libros son otra cosa más compleja. Estás semanas rumiando lo que quieres hacer, buscando documentación y bibliografía, leyendo sobre el asunto. Así semanas. Avanzas poco, pero la recta final es la mejor. Algo te va diciendo: "¡Vaya mierda!" o "¡Vaya, parece que está medio bien!".

Antes había más estímulos, muy necesarios, del editor, tus amigos, tu pareja. **Ahora no. Nadie te dice o comenta nada.** Es como si se tratara de un ciclista en momentos de euforia, cuando las piernas te siguen, o de desfallecimiento, que necesitas que te empujen o te animen o te den agua o te digan que la meta está cerca. Pero lo llevo bien. Creo que hasta el último día de mi vida estaré pensando en lo próximo. Es curioso. No es una vida tan divertida para los demás, pero sí para mí.

.....
En mis libros me desnudo bastante. No tengo nada que ocultar, aunque juego y también hago literatura. Alguien me dijo que en los artículos escribo como hablo, o algo parecido. Creo que **es más importante contar una historia bonita y llegar a la gente que lucirte personalmente.** Es más fácil emplear palabras y frases complejas y solo aparentemente elaboradas. En literatura hay mucho cuentista de poco pelo. Pero allá cada cual.

La literatura o la escritura, además de creación, tiene que **transmitir algo: emoción, sentimiento, conocimiento... ¡Yo qué sé!** Cuando leo algo o a alguien que no se desnuda, que no enseña nada que no supieras ya o que no te hubieras imaginado alguna vez... me interesa muy poco. Hay miles, millones de gentes que no transmiten nada. Si sabes provocar una sonrisa, aportar una reflexión o contar algo bonito o interesante, ya has cumplido. **Yo no escribo para pasar a la historia ni para ganar dinero, sino porque me gusta, porque me produce placer.**

También escribí la biografía de un africanista vitoriano: Manuel Iradier, y decenas de artículos sobre alaveses ilustres. La biografía de Iradier (tres ediciones distintas) está considerada como la mejor sobre el personaje e incluso todavía hoy la citan muchos como buena. Era un explorador de la actual Guinea Ecuatorial.

En todas he manejado documentación inédita y muy poco conocida, además de toda la bibliografía existente (toda, hasta la menos importante). Quiero imaginar que es como los actores de teatro o cine, que se sumergen en el personaje hasta que no saben muy bien quién es quién. Debes conocer hasta los detalles más íntimos o aparentemente poco trascendentes. No podría escribir sobre alguien que me cayera mal o sobre una persona repugnante...

.....
El libro de Baroja... En esa época todavía se trabajaba con fichas y, aunque había ordenadores, eran muy lentos y con poca memoria. Muchas fotos son mías. Hice viajes al Maestrazgo o muy lejos para seguir las huellas de don Pío. Solo escribo de eso que me entretiene e interesa. Es lo mejor de mis libros. Serán malos o regulares, pero están escritos con cariño y con cierta pasión intelectual.

.....
El libro se titula *De la panza sale la danza. Alimentación, cocina y bodega en Tierra Estella*. Es una de las cosas raras que escribo y mezclo historia, costumbres, vocabulario y diversas cosas... Si la mezcla sale mal es una mierda; si las cosas se ponen en su sitio, puede salir algo de interés... Solo escribo de lo que me hace aprender. Eso que me interesa o que hace que me lo pase bien. Me importa un bledo si está de moda y esas cosas...

.....
Siempre leo con detenimiento la prensa local del lugar que visito. Siempre hay algo que me interesa: una esquela de un muerto de nombre curioso o una noticia de un melón de diez kilos. También me gusta acercarme a una librería y ver dos cosas: autores locales y libros de viaje.

.....
Tengo otro proyecto para más adelante sobre españolitos que se movieron por el mundo e hicieron algo curioso o extraordinario: ahora estoy pensando en tres: uno que fue rey de los indios jíbaros en América, un tío que fue asesor de los reyes en Hawái, otro que fue padre de treinta o cuarenta hijos en Nueva Zelanda... o la mujer extremeña de un militar británico que dio nombre a una ciudad sudafricana. Bueno, proyectos para dos o tres vidas. 2

Mi vida sí es curiosa. Llevo semanas pensando en estas cosas y he llegado a la conclusión de que debo tener (o eso creo) una suerte de fuerza interior. Siempre he estado empujando, animando, liderando.

.....
El libro (*De fancinerosos a culturetas*) es una forma de recordar aquella época y de dejar mi punto de vista en la ciudad. Otros escribirán lo que quieran, pero fui protagonista destacado (era el director) y también merecía la pena recordar a mis viejos compañeros. Es una obra rara y no quiere ser de vanidoso ni de pretencioso. Sencillamente, dejar mi testimonio para que quede ahí. Es muy honesto y creo que hasta me desnudo demasiado. Fueron años duros, pero muy bonitos. Fueron revistas importantes para la ciudad y para el País Vasco. (...) De hecho, hoy esas revistas son reliquias de coleccionista. Yo guardo todos los números encuadernados. A los pocos años de cerrar todo, algunos se acordaron de mí y me dieron el premio Zabalanda (lo había creado con otros) y guardo una estatuilla preciosa de un artista bueno. Por allí pasaron escritores, artistas, músicos, políticos y gente luego conocida. Claro, la mayoría se dedicó a sus cosas. También había discusiones y reuniones interminables. Y gente que nos ayudaba: bares, chicas, etc.

El libro es una puesta en valor de unos proyectos por los que pasaron nombres como Antonio Altarriba, Kiri, Pinttu, Antonio Rivera, Mauro Entrialgo, Mintxo, Javier Hernández Landazabal, Carlos Pérez Uralde, Lily Litvak, Iban Zaldúa, Pablo Milicua, Elena López Aguirre, Kirmen Uribe... y un largo etcétera imposible de resumir en pocas palabras. “Te quedas pasmado al ver la calidad de la gente que había implicada y la relevancia que luego muchos han tenido y tienen”, apunta el autor, consciente de que, gracias a las apuestas que él llevó a cabo, unos cuantos de estos nombres propios pudieron encontrar un medio de expresión que en otras circunstancias hubiera sido imposible.

La primera publicación apareció con grapas y realizada con una máquina de escribir brasileña. No han pasado ni cuarenta años de eso y, sin embargo, hoy parece que el mundo es otro, por lo menos en lo tecnológico. “También por eso me ha parecido oportuno el libro, para contar las condiciones en las que se trabajaba, las hostias que nos metía la prensa local, que estaba llena de carcas, todo ello en un contexto político y social tremendo; ahí estábamos nosotros, con medios muy precarios, a lo nuestro”. Los cuatro proyectos desaparecieron “por muerte natural”, porque “los intereses intelectuales e incluso vitales iban por otros caminos”. Pero la huella permanece porque se consiguió reunir a gente que pertenecía a generaciones distintas para construir “una casa de locos” en la que realizar “un cóctel que se pudiera beber”, propuestas a las que también se acreaban firmas llegadas desde Navarra, Gipuzkoa o Bizkaia. “Venían ellos, querían colaborar, estaban entusiasmados”.

Diario de Noticias de Álava, 18 enero 2016

4.- EN TUSITALA ENEA

Una de las razones por las que **quise comprar una casita en un pueblo tranquilo –me acercaba a los cincuenta– era porque quería dedicarme solo a escribir**. No calculé bien las fuerzas ni el dinero. Me llamaba la novela. Y, por si fuera poco, llegó una crisis brutal.

.....
Supongo que hay gente a la que le caigo mal, pero, en líneas generales, con la gente buena o inteligente me entiendo. En cierta medida **me siento como un poetilla de provincias, un periodista de pueblo, un escritor raro**. Pero sí, creo que la gente me aprecia. (...) Cuando compro tabaco o comida en los pueblos oigo que, cuando salgo de la tienda, dicen con aprecio: “Ese es el escritor (lo dicen más que periodista, que sería más correcto)”. Y aunque nunca me hayan leído u oído, noto cierto respeto.

.....
La primera parte del librito (***Cuadernos de Tierra Roya***) es de **historia contada para gente normal y de cosas de la zona**. Ahí hago un ejercicio de divulgación. Mi formación es histórica. Quizá lo más interesante es cuando **hablo de gente de la zona**, de sus costumbres y sus cosas, o de mis cosas, que también las cuento. Ese librito se agotó en un verano. Se vendió muy bien. Apenas me quedan cinco ejemplares y no hay más. Lo edité yo, con mi antiguo equipo, y es sencillo, pero creo que simpático.

.....
Me gusta ver la vida pueblerina, cómo se mueve la gente, de qué habla, cuáles son sus preocupaciones. (...) Uno de los proyectos que quisiera llevar a cabo antes de morir es un viaje andando o en autoestop desde Vitoria a Estella, pero por **carreteras secundarias** y dando un pequeño rodeo, contando impresiones, algo de historia, personajes curiosos, gastronomía... Algo que fuera diferente a las guías turísticas al uso. Tiene un título provisional: *Una ruta de 13 estrellas*, con trece paradas. No acabo de encontrar la ocasión...

Angel Martínez Salazar

La felicidad en la tierra

por Ángel Martínez Salazar - Sábado, 6 de Febrero de 2016 - Noticias de Navarra.

En estos cuadernos aparecen **retazos de mis apuntes de notas** sobre esto o aquello, acerca de literatura y vida, reflexiones culturales diversas y lecturas varias... **Desde siempre me agradaron los dietarios de personajes como A. Cunqueiro o J. Pla.** Al primero lo sigo recordando en una estatua que le dedicaron en Mondoñedo mirando a la catedral. Ahora, casi de un tirón, me acuerdo de **dos libros que hubiera deseado firmar:** "El club de los faltos de cariño" y "La felicidad en la tierra", de mi amigo **Manu Leguineche**, todo un maestro de reporteros y autor de maravillosos libros de viaje como "El camino más corto", o su maravilloso y muy recomendable "Sobre el volcán".

A veces he dudado del discutible concepto de lo que pudiera ser un libro de cabecera y envidiaba a ciertas personas que lo tenían o tienen claro. Hace poco leía que su colega y **buen amigo Javier Reverte**, sin duda el mejor escritor de libros sobre viajes del siglo pasado en español, **daba las gracias al ilustre periodista vasco ya fallecido por haber escrito esa maravilla titulada "La felicidad en la tierra"**. Un libro necesario para quienes necesiten "reconciliarse con la vida" y que también invito a tener como texto provechoso, porque enseña a amar lo sencillo, a disfrutar del silencio y la poesía del vuelo de un pájaro o del olor a lavanda de algunas mañanas **cuando paseo a la sombra de san Gregorio**, disfrutando como un niño del Ioar o Codés en lontananza o de Montejurra y Monjardín dejándose casi acariciar por mi mirada (y no quisiera ponerme sensiblero ni cursi con prosa de circunstancias).

"La felicidad en la tierra" es un diario de campo, de la tierra en la que Leguineche escribió desde 1986 hasta que le llamó la parca (para mí siempre en minúscula porque no le tengo ningún respeto, por imprevista, abusona e injusta), en una casa de piedra en medio del monte alcarreño (aquí en la Berrueza que se asoma a Valdega, estoy seguro, lo afirmo, hubiera sido dichoso). Una suerte de diario discontinuo (con las redes todavía hubiera sido menos constante, nos arrebatan demasiado tiempo), porque Manu reparte su ocio entre extraordinarios viajes por esos mundos de... que le permiten ser testigo/mirada directa/privilegiada de los formidables acontecimientos del mundo amplio y las descubiertas en torno (no saben lo que servidor disfruta en sus escapadas a Yerri o Viana, al cercano valle de Arana o a nuestra fértil ribera) a su paisito en La Alcarria, El Tejar de la Mata (**o, más modestamente, mi Tusitala enea**) es su reposo del gran reportero (en mi caso, un refugio de entusiasta juntaletras y discreto animador cultural).

En sus páginas (como en las antiguas boticas y pequeños ultramarinos) cabe de casi todo, las experiencias campesinas (en mi caso charlas con recios labradores: los Gamba de Sorlada o Bujanda de Oco y Gastón de Los Arcos) y las partidas de mus en la taberna del pueblo cercano y una particular visión del planeta y la naturaleza a través de testimonios, descripciones de rincones encantados y gentes maravillosas, paisajes de cuento e historietas que merece la pena contar. **"Huir a una aldea para transformarla en el centro del universo"**, que diría Romain. Si bien es cierto que ese tal Jules de la cita no había escuchado eso de "Pueblo pequeño, infierno grande" o "Pueblo grande, cristo grande; pueblo chico, todo Cristos".

Leguineche, que pudo recorrer los cinco continentes (sobre Australia, por ejemplo, nos dejó "La tierra de Oz") a lo largo de más de cuarenta años, pretendía volver a los orígenes, al bosque animado, en el que vivió, soñó y gozó sus últimos lustros. Por "La felicidad..." desfilan, pues, hombres y mujeres, aves, nubes (a mí, las nieblas me impiden moverme y empujan a trabajar más), estaciones del año, animales domésticos o asilvestrados (no saben bien cuánto gocé con mi primer gardacho o aquel pequeño corzo que disfruté cerca de la peña del Gato, tan cerca del congocho muesino), recuerdos de sus corresponsalías de guerra en la vieja Europa o en la sufrida África, canciones populares (entre otros me abastecen Ripa de El Busto o el fallecido Mari de Mues), tertulias pueblerinas en el Abascal, tormentas, pequeños placeres cotidianos, viejos y desaparecidos oficios y sabías reflexiones sobre la vida toda.

El vértigo del mundo da paso en sus escritos a una introspección de su "paisito" (la republiquita del Ioar para Pablo Antoñana o **mi Tierra Roya**). Es el ayer y el hoy de una cultura de la que Leguineche (y este modesto autor) se siente parte y cercano, de la que participa con emoción y gusto. Elige un paisaje protegido por una vieja encina y a partir de ahí no deja de ver y de vivir. (En mi caso de contar. No saben la ilusión que me hace asomarme de tarde en tarde a estas páginas, a sus ojos cómplices).

Un parrafito que podríamos compartir: "Cielo cubierto, tormenta seca, la lluvia se niega a caer. Me gusta el tiempo soleado, pero hay que pensar también en el campo". Almuerzo con mis amigos en San Vicente de Arana; fulanito y menganito, de Ancín o de Murieta, personaje el primero donde los haya, pequeño, astuto, con carácter. Uno sería la brusquedad de la ternura. El amarretako/la ley, cerca del estanco/ultramarinos de Vito, es excepcional, el vino (bueno) del que pasa hasta demasiado rápido, los callos/patitas/ajoarriero extraordinarios... Al fin la frase consabida "Si no fuera por estos ratos..." o "esto es lo que nos vamos a llevar puesto". Solamente se vive una vez. Y hay que aprender a querer... y a vivir.

Cuatro luces de bengala

ANTONIO RIVERA
CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE
LA UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO (LIPV-EHU)

publicado en El Correo 31 de agosto de 2016

La parca es traicionera y nunca avisa, pero la casualidad, vista a toro pasado, permite dibujar algunas lógicas. Puede que una de ellas fuera la intención de Ángel Martínez Salazar de explicar por sí mismo lo que había sido su trayectoria y presencia en Vitoria desde los años ochenta hasta bien entrado nuestro siglo. Aquella ciudad que ya le había olvidado a él y a sus más queridas creaciones después de que la abandonara en el momento en que esta le hizo sentir menos válido y apreciado. Si la distancia es el olvido, el tiempo es además cruel.

La cosa es que Ángel, nuestro desaparecido Ángel, se autoeditó cuando empezaba el último invierno un pequeño libro que daba cuenta de su paso por aquellos años. Quizás tampoco sea casual que en torno al verano previo algunos amigos le hicieran una comida –como se decía antes– y le entregaran el ‘Floripondio’ de bronce esculpido por Koko Rico. El ciclo daba la vuelta completa y el inventor de aquel premio resultaba premiado con el mismo. El escenario no fue otro mejor que el viejo Felipe, a punto de su anterior cierre. La instantánea con los confabulados, al salir del prolongado refrigerio (sic) y de su correspondiente copeo, es la única que ilustra el libro. Otra casualidad. El libro –¡díganoslo ya!– se titula ‘De fancinerosos a culturetas: (cuatro) luces de bengala para una ciudad’.

Unos meses antes habían nacido cuatro tigres de Bengala en un zoo de Yalta (Crimea) y cada poco lo hacen de cuatro en cuatro en otros zoológicos del mundo. Ángel, siempre aficionado a los juegos de palabras con implicaciones semánticas –aquella noticia del Oulipo francés que nos trajo Altarriba dio dignidad a su inclinación natural– seguro que pensaba en bengalas con minúscula y mayúscula. Lo cierto es que las cuatro bengalas de su ciudad no fueron otras que las revistas que animó en

esos años. Por orden de aparición: Maskara (la revista más barata), Lux Daemoniorum (sic), Paréntesis y Papeles de Zabalanda. Ángel las animaba y conducía con mano firme; eran sus creaciones. Los demás, un colectivo fluctuante de escritores, ilustradores y colaboradores necesarios –la autogestión era entonces sagrada y todo se hacía en casa y a mano: maqueta, capturas publicitarias, distribución, venta...– entrábamos y salíamos de su mundo. Todos teníamos entonces un atisbo de ocupación que con el tiempo se haría firme; Ángel se tenía a sí mismo y siempre estaba en la misma.

Con los años y los números se cansaba de su producto y nos decía que aquello acababa. Solía ocurrir cuando la revista cumplía su séptima aparición, en una especie de juego cabalístico que permitía una constante renovación del invento. De ese modo, se pasó de un fanzine con grapas como el Maskara de 1982 a una revista como Papeles de Zabalanda, lujosamente editada cuando apareció en 2007. Antes, Lux Daemoniorum (1983) había conocido las grapas centrales y el couché de portada, y Paréntesis (1992) ya lucía un formato de «revista de pensamiento». Entre medias, quemamos algunos miles de duros en tirar una docena larga de títulos en una editorial que también se llamó Papeles de Zabalanda.

Visto en perspectiva –y esto era lo que reclamaba Ángel en su postrero libro–, aquellas cuatro bengalas iluminaron la vida cultural de Vitoria, sobre todo en los ochenta y noventa. Lo hicieron tanto que, junto a otros fenómenos musicales, artísticos, comiqueros e incluso reivindicativos, la ciudad se convirtió de verdad en la ‘Atenas del Norte’ del momento y en la envidia de los colegas de las otras localidades vascas que no tenían otra que escribir o pintar en la saga salazariana. El listado de nombres es de verdad sor-

prendente. No los desgranaré aquí porque Ángel se cuidó de hacerlo en ese libro para que quedara claro que la importancia del personaje no había sido ninguna ensoñación o locura, producto de su autoaislamiento en el pequeño pueblo navarro de Sorlada. Allí tenía su Tusitala enea, rememorando un tanto pretenciosamente –pero, ¡qué más da!– la Itzea barojiana de Vera de Bidasoa. Un barojiano impenitente, pero capaz, este sí, de encabezar proyectos colectivos, uno tras otro, sin los cuales no podemos entender la Vitoria y la Euskadi cultural del último cuarto del pasado siglo.

Pero, como anunciaba (¿o denunciaba?) en el título de su libro, aquellos «fancinerosos» se convirtieron en «culturetas». Cada cual acabó en lo suyo. La cultura había sido la afición y/o el camino, mientras que para Ángel era su única vida. Por eso volvía guadianesco cada poco, mientras tuvo fuerzas y entusiasmo, y reclutaba a los viejos que quedaban y a los nuevos que se prestaban para renovados proyectos. Las bengalas se extinguieron, un día cortó y se fue a su Tusitala. Allí siguió ganándose la vida y disfrutando con sus columnas de prensa y, sobre todo, sus libros. Aquellos libros que le habían traído de su periplo americano a la Vitoria de comienzos de los ochenta. Aquellos libros de descubridores, gobernantes y colonizadores del otro hemisferio, de escritores y corresponsales de guerra, de viajeros locales que iban lejos o de otros lejanos que venían aquí, de cocina, de costumbres y hasta de especulaciones filológicas y etnográficas sobre su nueva patria en Tierra Estella, una manera razonable de adquirir ciudadanía a la edad adulta. El otro día, la parca se lo llevó a traición y a todos se nos quedó la sonrisa helada de los culturetas. Conste aquí el recuerdo para un tío grande.

La felicidad en la tierra

por Ángel Martínez Salazar - Sábado, 6 de Febrero de 2016 - Noticias de Navarra.

En estos cuadernos aparecen **retazos de mis apuntes de notas** sobre esto o aquello, acerca de literatura y vida, reflexiones culturales diversas y lecturas varias... **Desde siempre me agradaron los dietarios de personajes como A. Cunqueiro o J. Pla.** Al primero lo sigo recordando en una estatua que le dedicaron en Mondoñedo mirando a la catedral. Ahora, casi de un tirón, me acuerdo de **dos libros que hubiera deseado firmar:** "El club de los faltos de cariño" y "La felicidad en la tierra", de mi amigo **Manu Leguineche**, todo un maestro de reporteros y autor de maravillosos libros de viaje como "El camino más corto", o su maravilloso y muy recomendable "Sobre el volcán".

A veces he dudado del discutible concepto de lo que pudiera ser un libro de cabecera y envidiaba a ciertas personas que lo tenían o tienen claro. Hace poco leía que su colega y **buen amigo Javier Reverte**, sin duda el mejor escritor de libros sobre viajes del siglo pasado en español, **daba las gracias al ilustre periodista vasco ya fallecido por haber escrito esa maravilla titulada "La felicidad en la tierra"**. Un libro necesario para quienes necesiten "reconciliarse con la vida" y que también invito a tener como texto provechoso, porque enseña a amar lo sencillo, a disfrutar del silencio y la poesía del vuelo de un pájaro o del olor a lavanda de algunas mañanas **cuando paseo a la sombra de san Gregorio**, disfrutando como un niño del loar o Codés en lontananza o de Montejurra y Monjardín dejándose casi acariciar por mi mirada (y no quisiera ponerme sensiblero ni cursi con prosa de circunstancias).

"La felicidad en la tierra" es un diario de campo, de la tierra en la que Leguineche escribió desde 1986 hasta que le llamó la parca (para mí siempre en minúscula porque no le tengo ningún respeto, por imprevista, abusona e injusta), en una casa de piedra en medio del monte alcarreño (aquí en la Berrueza que se asoma a Valdega, estoy seguro, lo afirmo, hubiera sido dichoso). Una suerte de diario discontinuo (con las redes todavía hubiera sido menos constante, nos arrebatan demasiado tiempo), porque Manu reparte su ocio entre extraordinarios viajes por esos mundos de... que le permiten ser testigo/mirada directa/privilegiada de los formidables acontecimientos del mundo amplio y las descubiertas en torno (no saben lo que servidor disfruta en sus escapadas a Yerri o Viana, al cercano valle de Arana o a nuestra fértil ribera) a su paisito en La Alcarria, El Tejar de la Mata (**o, más modestamente, mi Tusitala enea**) es su reposo del gran reportero (en mi caso, un refugio de entusiasta juntaletras y discreto animador cultural).

En sus páginas (como en las antiguas boticas y pequeños ultramarinos) cabe de casi todo, las experiencias campesinas (en mi caso charlas con recios labradores: los Gandra de Sorlada o Bujanda de Oco y Gastón de Los Arcos) y las partidas de mus en la taberna del pueblo cercano y una particular visión del planeta y la naturaleza a través de testimonios, descripciones de rincones encantados y gentes maravillosas, paisajes de cuento e historietas que merece la pena contar. **"Huir a una aldea para transformarla en el centro del universo"**, que diría Romain. Si bien es cierto que ese tal Jules de la cita no había escuchado eso de "Pueblo pequeño, infierno grande" o "Pueblo grande, cristo grande; pueblo chico, todo Cristos".

Leguineche, que pudo recorrer los cinco continentes (sobre Australia, por ejemplo, nos dejó "La tierra de Oz") a lo largo de más de cuarenta años, pretendía volver a los orígenes, al bosque animado, en el que vivió, soñó y gozó sus últimos lustros. Por "La felicidad..." desfilan, pues, hombres y mujeres, aves, nubes (a mí, las nieblas me impiden moverme y empujan a trabajar más), estaciones del año, animales domésticos o asilvestrados (no saben bien cuánto gocé con mi primer gardacho o aquel pequeño corzo que disfruté cerca de la peña del Gato, tan cerca del congreso muesino), recuerdos de sus corresponsalías de guerra en la vieja Europa o en la sufrida África, canciones populares (entre otros me abastecen Ripa de El Busto o el fallecido Mari de Mues), tertulias pueblerinas en el Abascal, tormentas, pequeños placeres cotidianos, viejos y desaparecidos oficios y sabías reflexiones sobre la vida toda.

El vértigo del mundo da paso en sus escritos a una introspección de su "paisito" (la republiquita del loar para Pablo Antoñana o **mi Tierra Roya**). Es el ayer y el hoy de una cultura de la que Leguineche (y este modesto autor) se siente parte y cercano, de la que participa con emoción y gusto. Elige un paisaje protegido por una vieja encina y a partir de ahí no deja de ver y de vivir. (En mi caso de contar. No saben la ilusión que me hace asomarme de tarde en tarde a estas páginas, a sus ojos cómplices).

Un parrafito que podríamos compartir: **"Cielo cubierto, tormenta seca, la lluvia se niega a caer. Me gusta el tiempo soleado, pero hay que pensar también en el campo". Almuerzo con mis amigos en San Vicente de Arana; fulanito y manganito, de Ancín o de Murieta, personaje el primero donde los haya, pequeño, astuto, con carácter. Uno sería la brusquedad de la ternura. El amarretako/la ley, cerca del estanco/ultramarinos de Vito, es excepcional, el vino (bueno) del que pasa hasta demasiado rápido, los callos/patitas/ajoarriero extraordinarios... Al fin la frase consabida "Si no fuera por estos ratos..." o "esto es lo que nos vamos a llevar puesto". Solamente se vive una vez. Y hay que aprender a querer... y a vivir.**

Cuatro luces de bengala

ANTONIO RIVERA
CATEDRÁTICO DE HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE
LA UNIVERSIDAD DEL PAÍS VASCO (UPV-EHU)

publicado en El Correo 31 de agosto de 2016

La parca es traicionera y nunca avisa, pero la casualidad, vista a toro pasado, permite dibujar algunas lógicas. Puede que una de ellas fuera la intención de Ángel Martínez Salazar de explicar por sí mismo lo que había sido su trayectoria y presencia en Vitoria desde los años ochenta hasta bien entrado nuestro siglo. Aquella ciudad que ya le había olvidado a él y a sus más queridas creaciones después de que la abandonara en el momento en que esta le hizo sentir menos válido y apreciado. Si la distancia es el olvido, el tiempo es además cruel.

La cosa es que Ángel, nuestro desaparecido Ángel, se autoeditó cuando empezaba el último invierno un pequeño libro que daba cuenta de su paso por aquellos años. Quizás tampoco sea casual que en torno al verano previo algunos amigos le hicieran una comida –como se decía antes– y le entregaran el ‘Floripondio’ de bronce esculpido por Koko Rico. El ciclo daba la vuelta completa y el inventor de aquel premio resultaba premiado con el mismo. El escenario no fue otro mejor que el viejo Felipe, a punto de su anterior cierre. La instantánea con los confabulados, al salir del prolongado refrigerio (sic) y de su correspondiente copeo, es la única que ilustra el libro. Otra casualidad. El libro –¡dígámoslo ya!– se titula ‘De fancinerosos a culturetas: (cuatro) luces de bengala para una ciudad’.

Unos meses antes habían nacido cuatro tigres de Bengala en un zoo de Yalta (Crimea) y cada poco lo hacen de cuatro en cuatro en otros zoológicos del mundo. Ángel, siempre aficionado a los juegos de palabras con implicaciones semánticas –aquella noticia del Oulipo francés que nos trajo Altarriba dio dignidad a su inclinación natural– seguro que pensaba en bengalas con minúscula y mayúscula. Lo cierto es que las cuatro bengalas de su ciudad no fueron otras que las revistas que animó en

esos años. Por orden de aparición: Maskara (la revista más barata), Lux Daemoniorum (sic), Paréntesis y Papeles de Zabalanda. Ángel las animaba y conducía con mano firme; eran sus creaciones. Los demás, un colectivo fluctuante de escritores, ilustradores y colaboradores necesarios –la autogestión era entonces sagrada y todo se hacía en casa y a mano: maqueta, capturas publicitarias, distribución, venta...– entrábamos y salíamos de su mundo. Todos teníamos entonces un atisbo de ocupación que con el tiempo se haría firme; Ángel se tenía a sí mismo y siempre estaba en la misma.

Con los años y los números se cansaba de su producto y nos decía que aquello acababa. Solía ocurrir cuando la revista cumplía su séptima aparición, en una especie de juego cabalístico que permitía una constante renovación del invento. De ese modo, se pasó de un fanzine con grapas como el Maskara de 1982 a una revista como Papeles de Zabalanda, lujosamente editada cuando apareció en 2007. Antes, Lux Daemoniorum (1983) había conocido las grapas centrales y el couché de portada, y Paréntesis (1992) ya lucía un formato de «revista de pensamiento». Entre medias, quemamos algunos miles de duros en tirar una docena larga de títulos en una editorial que también se llamó Papeles de Zabalanda.

Visto en perspectiva –y esto era lo que reclamaba Ángel en su postrero libro–, aquellas cuatro bengalas iluminaron la vida cultural de Vitoria, sobre todo en los ochenta y noventa. Lo hicieron tanto que, junto a otros fenómenos musicales, artísticos, comiqueros e incluso reivindicativos, la ciudad se convirtió de verdad en la ‘Atenas del Norte’ del momento y en la envidia de los colegas de las otras localidades vascas que no tenían otra que escribir o pintar en la saga salazariana. El listado de nombres es de verdad sor-

prendente. No los desgranaré aquí porque Ángel se cuidó de hacerlo en ese libro para que quedara claro que la importancia del personaje no había sido ninguna ensoñación o locura, producto de su autoaislamiento en el pequeño pueblo navarro de Sorlada. Allí tenía su Tusitala enea, rememorando un tanto pretenciosamente –pero, ¡qué más da!– la Itzea barojiana de Vera de Bidasoa. Un barojiano impenitente, pero capaz, este sí, de encabezar proyectos colectivos, uno tras otro, sin los cuales no podemos entender la Vitoria y la Euskadi cultural del último cuarto del pasado siglo.

Pero, como anunciaba (¿o denunciaba?) en el título de su libro, aquellos «fancinerosos» se convirtieron en «culturetas». Cada cual acabó en lo suyo. La cultura había sido la afición y/o el camino, mientras que para Ángel era su única vida. Por eso volvía guadianesco cada poco, mientras tuvo fuerzas y entusiasmo, y reclutaba a los viejos que quedaban y a los nuevos que se prestaban para renovados proyectos. Las bengalas se extinguieron, un día cortó y se fue a su Tusitala. Allí siguió ganándose la vida y disfrutando con sus columnas de prensa y, sobre todo, sus libros. Aquellos libros que le habían traído de su periplo americano a la Vitoria de comienzos de los ochenta. Aquellos libros de descubridores, gobernantes y colonizadores del otro hemisferio, de escritores y corresponsales de guerra, de viajeros locales que iban lejos o de otros lejanos que venían aquí, de cocina, de costumbres y hasta de especulaciones filológicas y etnográficas sobre su nueva patria en Tierra Estella, una manera razonable de adquirir ciudadanía a la edad adulta. El otro día, la parca se lo llevó a traición y a todos se nos quedó la sonrisa helada de los culturetas. Conste aquí el recuerdo para un tío grande.